TEÓFILO HERNANDO

Ante todo, como diría Stendhal, los datos exactos. Teófilo Hernando nació el 14 de abril de 1881 en Torreadrada (Segovia), hijo de un médico rural. Cursó el bachillerato en los Institutos de Burgos y del Cardenal Cisneros, de Madrid, y los estudios de Medicina en el San Carlos madrileño (1903-1907). Olóriz, Cajal, Sañudo y San Martín fueron los maestros que sobre él ejercieron mayor influencia. Una serie de éxitos jalona los primeros pasos de su vida médica: gana por oposición plazas de médico de la Beneficencia Municipal de Madrid, médico forense, médico de baños y profesor auxiliar de Terapéutica y Medicina legal. Esta actividad universitaria fue la que decidió el rumbo de su vida. En 1911, en efecto, pensionado por la entonces naciente Junta para la Ampliación de Estudios, trabajó en Estrasburgo junto a Schmiedeberg, «padre de la Farmacología moderna», y un año más tarde ganaba la cátedra de Terapéutica, Materia médica y Arte de recetar de la Facultad de Medicina de Madrid. Desde entonces, su labor y su talento van a concentrarse simultáneamente, con creciente prestigio nacional e internacional, en dos campos: su cátedra, a cuyo vetusto contenido había de imprimir un giro decisivo, y su práctica gastroenterológica, en la que pronto sería una de las máximas figuras españolas. Así lo reconoció bien pronto la Real Academia Nacional de Medicina, que en 1919 le eligió como miembro titular.

Tras el advenimiento de la Segunda República, fue presidente del Consejo Nacional de Cultura, miembro de la Junta para Ampliación de Estudios, presidente de la Asociación Protectora de los Archivos Catedralicios, del Instituto de Farmacología y Comprobación de Medicamentos, de la Sociedad Española de Historia Natural. Nunca aceptó cargos políticos, aunque le fueron ofrecidos los más altos.

En 1936 se exilia voluntariamente, y desde ese año hasta 1941, fecha de su regreso a España, reside en París. Fue desposeído de su cátedra, a la que no sería reintegrado hasta el día de su jubilación en 1951. Desde 1941 hasta su muerte, su magisterio, por el que mereció el título de «patriarca de la Medicina española» (Academia de Medicina de Sevilla, 1969), tuvo como ámbito inmediato todo el territorio nacional, y como área de irradiación toda la de nuestra lengua: las Reales Academias de Medicina de Zaragoza, Sevilla, Valladolid, Madrid y Valencia y cinco hispanoamericanas le nombraron miembro de honor, la de París le incluyó entre los suyos y multitud de instituciones médicas y científicas le dedicaron homenajes parecidos. Torreadrada, Segovia, Motril y Madrid tienen calles con su nombre. Rodeado por este cálido halo de admiración, gratitud, respeto y cariño, murió el 10 de marzo de 1976.

Para entender y valorar con perspectiva histórica la obra de Teófilo Hernando es preciso contemplarla dentro de la generación española y médica a que pertenece: la que, siguiendo el camino abierto por hombres como Cajal, Giner de los Ríos, Menéndez Pidal, Asín Palacios, Turró, San Martín y algunos más, colectivamente, como tal generación, trató de poner a España en el nivel intelectual, político y estético de la Europa de su tiempo. Entre los no médicos de ella basten los nombres de Ortega, Ors, Pérez de Ayala, Madariaga, Blas Cabrera, Américo Castro y Rey Pastor. Entre los médicos, los de Marañón, Achúcarro, Río-Hortega, Tello, Pi y Suñer, Nóvoa Santos, García Tapia, Goyanes, Lafora, Sánchez Covisa. Dentro de este espléndido grupo generacional, en plena sintonía con él, ¿qué hizo Teófilo Hernando? Varios puntos deben ser discernidos en la respuesta.

1. Con los paupérrimos medios que hacia 1920 ofrecía

la Facultad de Medicina de Madrid, sacó de su retraso decimonónico a su disciplina universitaria —no se olvide el nombre que entonces llevaba: «Terapéutica, Materia médica y Arte de recetar»— y la transformó rápida y eficazmente en Farmacología científica. Varios de sus discípulos —Lorenzo Velázquez, Alday Redonnet, García Valdecasas, Rafael Méndez, Sánchez de la Cuesta— dan testimonio elocuente de ese empeño. Directa o indirectamente, de él procede toda la investigación farmacológica española.

2. Con su fraternal amigo Gregorio Marañón promovió y dirigió, desde 1915, el Manual de Medicina Interna, *que con su nombre y el del codirector —«el Hernando y Marañón» fue la habitual designación del libro— durante varios lustros ha ofrecido a los médicos españoles e hispanoamericanos, compuesta por autores españoles, una información didáctica a la altura de lo que entonces era la medicina europea. El propio Hernando redactó los capítulos consagrados a las enfermedades del esófago y del estómago. El gran éxito de este* Manual *tenía muy alta significación histórica. Desde 1605, año en que empezó la publicación de las* Opera Omnia, *de Luis Mercado, nunca los médicos españoles habían podido formarse «al día» en medicina interna leyendo un tratado exclusivamente escrito por maestros también españoles. Un signo más de lo que para nuestro país representó la generación a que Marañón y Hernando pertenecieron.*

3. Fue autor de varios libros, entre ellos el que, con otro de Marañón, introdujo en España la quimioterapia moderna: La quimioterapia de Ehrlich. Fundamentos y aplicaciones *(Madrid, 1910), y de más de un centenar de artículos originales, casi todos de tema terapéutico o clínico, publicados en revistas nacionales y extranjeras. Uno, aparecido en las páginas del célebre* Archiv *de Naunyn y Schmiedeberg, acerca de la acción de las sustancias digitálicas sobre la presión sanguínea en conejos cloralizados (1911), inició el giro de su ulterior docencia hacia la farmacología científica. Entre aquéllos deben ser especialmente destacados los tocantes a la relación entre las alteraciones digestivas y las endocrinopatías. (Véase una detallada mención de ellos en las páginas finales del libro* Homenaje

ofrecido al profesor Teófilo Hernando por sus amigos y discípulos, *Madrid, 1952.)*

4. *Debe ser asimismo subrayado su mérito como pionero de una disciplina rigurosamente necesaria para la formación del médico, en auge hoy en varios países, principalmente los Estados Unidos, aunque tal vez no cultivada con la profundidad y la amplitud con que su iniciador la concibió: la Terapéutica clínica, el estudio de lo que en sí mismo es, con todos sus diversos problemas, el tratamiento médico, y la enseñanza científica y pormenorizada del capítulo que Galeno genialmente introdujo en el arte de curar, la* éndeixis *o* insinuatio agendi, *la «indicación terapéutica». Había de ser un maestro con el profundo saber farmacológico y la vasta experiencia clínica de Teófilo Hernando el que advirtiera la necesidad de esa disciplina en el currículum universitario del estudiante de Medicina, y delinease luego las líneas cardinales de su estructura y aplicación. Infieles, por diversas causas, a esta creación de Hernando, nuestras Facultades de Medicina no han querido recibirla de nuevo en su seno.*

5. *Estrechamente ligada a esta parcela de la obra médica de Teófilo Hernando, se halla, en fin, la cruzada del gran terapeuta contra la ligereza en el manejo del poderoso arsenal medicamentoso hoy en manos del médico. Nadie tan orgulloso como Hernando de las conquistas farmacológicas de nuestro siglo; nadie, por otro lado, tan responsable como él ante los riesgos que el empleo imprudente de los nuevos fármacos lleva consigo. La iatrogenia medicamentosa, tanto en su aspecto positivo —el efecto placebo— como en su aspecto negativo —la acción nociva de la mala indicación y la sobredosis—, en éste sobre todo, fueron tema frecuente de su palabra y su pluma durante los últimos decenios de su vida.*

No quedaría completa esta breve semblanza del gran médico y gran maestro si al término de ella no apareciese un rápido apunte acerca de la persona que como tal médico y tal maestro se realizó: su clarividencia mental, su curiosidad intelectual siempre despierta, su total carencia de cuanto oliese a engolamiento y pedantería, el ingenio y gracejo de su conversación y su magisterio, y bajo todo ello el severo compromiso ético con la vida del enfermo a que atendía, la cordial disposición para

cualquier causa noble, el liberalismo de la más fina ley. «Acaso lo mejor de su biografía —escribió Marañón— sería siempre lo que yo puedo añadir a ella, porque lo he aprendido a su lado: que Hernando es raro ejemplo de esos seres humanos que poseen la gran virtud de alegrarse del bien de los demás, y el mal que les hacen perdonarlo con la misma rapidez con que respiran.» Varón acólico, hombre sin hiel, le he llamado yo más de una vez, y bajo la gran inteligencia, el insigne magisterio, el extenso y múltiple saber —desde los fármacos y las gastropatías hasta la filosofía de Descartes, de cuya obra fue tan conocedor y devoto, y los libros de Andrés Laguna, su grande y por él tan bien estudiado paisano—, eso supo ser Teófilo Hernando en los momentos alegres y en las horas tristes de su vida. Suyo pudo hacer el mote que para sí mismo eligió Silvio, el insigne médico neerlandés: Bene agere et laetari. *En el trance de concederlo a un médico actual, pocos, muy pocos, lo hubiesen merecido tanto, ninguno más.*

PEDRO LAÍN ENTRALGO